

La novela del mensú.

Desposesión, materialismo y formas de la necropolítica en *El río oscuro* (1943) de Alfredo Varela

Benjamín Alías¹

77

1. Introducción

Si Rafael Barrett apostó por el escrito periodístico y cronístico en *El dolor paraguayo* (1909) y Horacio Quiroga por el cuento, Alfredo Varela es el último escritor de una serie que puede ser leída en conjunto puesto que presenta la imagen de la tierra misionera y su relación con su personaje más trágico, el mensú. El autor, que escribe primero para la prensa, publicará la novela *El río oscuro* en 1943, siempre con un mismo objetivo: denunciar los horrores ocurridos en los establecimientos de extracción de yerba misioneros.

La elección de la forma narrativa no es menor en tanto narrar el horror del Alto Paraná ya se había convertido en un problema para el periodista porteño. “La novela debería concentrarse en lo que la crónica no

¹ Benjamín Alías es Doctor en Literatura Latinoamericana y Crítica Cultural (2025) por la Universidad de San Andrés, Magíster en Literaturas en Lenguas Extranjeras y Literaturas Comparadas (2022) y Editor (2016) por la Universidad de Buenos Aires. Es docente de la Carrera de Edición (UBA). En el Departamento de Humanidades de la Universidad de San Andrés, se desempeña como docente de las materias Literatura Comparada y Escritura y Oratoria.

puede proveer” observará Theodor Adorno, casi diez años más tarde (2003, p.43), cuando Alfredo Varela ya había decidido dejar atrás tanto sus escritos periodísticos para buscar otras modulaciones narrativas posibles en torno al mundo de los obrajes y yerbatales de Misiones, Argentina.

No es, desde luego, una narración cosmopolítica o indigenista, pero acaso sea un intento válido de contar que antes de la llegada de los establecimientos al Alto Paraná, la relación de la yerba mate con la cosmogonía guaraní era distinta a la del presente. Varela nos muestra después una historia de subyugación y extractivismo que tiene como correlato un tiempo necropolítico que altera en términos demográficos gran parte del litoral argentino y paraguayo, pero que afecta sobre todo a los cuerpos que circulan en esa zona que conjuga la selva con los establecimientos yerbateros.

Como es evidente, se trata de una narración cuyo foco está puesto en una forma provinciana del liberalismo tardío (POVINELLI, 2016; 2021) y cuyos pliegues o cortes narrativos se hacen evidentes en torno a un imaginario de la preconquista. En otras palabras, dos tiempos: el pasado y el presente de la región, de los guaraníes y de los mensú, respectivamente, pero también de la vegetación, de la selva y de la yerba mate. Una narración que exhibe, en definitiva, una verdadera historia socionatural (HOYOS, 2019) en torno a la yerba mate y las subalternidades del litoral argentino y paraguayo.

La hipótesis de este trabajo afirma, en consecuencia, que en la novela del escritor argentino se hacen evidentes diversas agencias materiales orgánicas y no-orgánicas, vivas y no vivas, sobre las que opera una un modo situado de precariedad (ATHANASIOU; BUTLER, 2017; LOREY, 2016) en la partición tradicional de naturaleza-cultura (LATOUR, 2017). Como es notorio, el régimen extractivo de la yerba mate en Argentina y Paraguay presenta una particularidad en tanto vincula las selvas misioneras con la figura del trabajo precario característica de la zona: el mensú.

Nuestra lectura partirá de un análisis material (BENNET, 2009) que contemple la precariedad como condición específica del mundo del mensú, pero que se extiende, en definitiva, a toda agencia afectada por la modernidad neocolonial que la novela busca representar.

El proyecto moderno, en tanto se desplaza de la plantación a la urbe, aunque sin desestimar su régimen plantacionocénico, presume un vínculo profundo con la precariedad. Al establecer la conexión entre la precariedad y desposesión, que discuten tanto Judith Butler como Isabell Lorey con el materialismo crítico contemporáneo, comienza a hacerse ostensible la emergencia de agencias precarizadas y ya no solamente sujetos. En ese sentido, la precariedad muta su afección en tanto extiende su parámetro de lo humano a lo no-humano (GIORGI, 2014), de lo viviente a lo no-viviente. Se trata, en definitiva, de una dimensión posnatural de la precariedad que expone el vínculo constitutivo “entre vivientes y actantes inanimados” (DE MAURO RUCOVSKY, 2024, p.480).

Este trabajo se divide en tres apartados. El primero es una examinación de la novela y las lecturas tradicionales para proponer, en cambio, un acercamiento al texto que privilegie su imaginación ambiental desde una perspectiva teórica contemporánea.

El segundo explora el espacio extractivo narrado, el Alto Paraná en su doble valencia: por un lado, el hábitat del mundo moderno, la plantación y, por el otro, la selva, como agencia del orden de la alteridad. En ese lugar, nos proponemos examinar cómo esos espacios y zonas conllevan a una desobjetivación del mensú en la huida del régimen extractivo.

El tercer apartado retoma las transformaciones del sujeto trabajador, en los pasajes que se evidencian explícitamente en la huida del mensú, una animalización y una desmaterialización producto del pasaje de la precariedad a una necropolítica. Esto es, los modos de vida y no vida que regulan los espacios de extracción y resistencia en la narración de Varela.

2. Deslecturas: de la lectura sociopolítica a la imaginación ambiental

La forma de alternar en la novela la voz del Alto Paraná en conjunto con la narración más clásica que sigue las andanzas de los hermanos Moreyra presenta a *El río oscuro* como novedosa en términos formales. La disrupción entre una voz que presenta un ambiente peligroso y la trama principal se robustece con una narración situada en el medio del libro, en términos de recuerdo o de sueño: la brutalidad de la conquista. De nuevo el narrador omnisciente pareciera dejar en claro una historia anticolonial que

no debiera pasarse por alto y que es necesario recuperar para poder seguir contando qué ocurrió con los personajes que nos encontramos en la primera mitad de la obra.

Semejante operación narrativa se encuentra anclada también en los títulos de las grandes secciones de la novela que se repiten de manera incansable, como si la repetición sirviera como un mecanismo de la memoria: “Galope en el río”; “En la trampa” “La conquista” y “La otra conquista” enunciados para abarcar grandes porciones de narración y de voces distintas que permiten intuir que *El río oscuro* fue escrita en tramos y luego ensamblada en una operación de cohesión necesaria para que en la novela quepa todo.

No obstante, permanecen algunos residuos de la crónica anterior, del trabajo periodístico a partir de un trabajo intertextual con citas que abren los grandes capítulos. De ese modo, la narración realista no deja de tener vinculación con los hechos relevados por el periodismo testimonial de Alfredo Varela.

80

Escrita a partir de una serie de notas de investigación de la Revista *Ahora* la obra vuelve sobre la figura del “mensú”, trabajador de los yerbatales del litoral argentino y Paraguay, pero estableciendo acaso un acercamiento más riguroso que esos primeros antecedentes en la literatura las crónicas del escritor español paraguayo Rafael Barret, particularmente “Lo que son los yerbales” y alguno de los relatos más importantes de Quiroga como “Los mensú” y “Los desterrados”.

En ese sentido, seguirá, por momentos, los pasos de su antecesor paraguayo que aparece citado en el primer capítulo de *El río oscuro* a partir de un pasaje de *El dolor paraguayo*:

Y el ganado escasea. Es forzoso perseguir a los jóvenes paraguayos de Villa Concepción y Villarrica. Los departamentos de yerbales de Ygatimi, San Estanislao, se han convertido en cementerios. Treinta años de explotación han exterminado la virilidad paraguaya entre el Tabicuary Sud y el Paraná. Tacurupucú ha sido despoblado ocho veces por la Industrial. Casi todos los peones que han trabajado en el Alto Paraná de 1890 a 1900 han muerto. De 300 hombres sacados a Villarrica en 1900 para los yerbales de Tormenta en el Brasil, no volvieron más que 20. Ahora se “rafla” por las Misiones

Argentinas, Corrientes y Entre Ríos (VARELA, 1985, p.17)

Varela toma este pasaje de Barrett para narrar las vidas de esos hombres que sucumbieron ante la violencia extractivista. La procedencia de los mensú es amplia, poblaciones de Paraguay, Argentina y Brasil en una zona por fuera del estado-nación donde la revuelta política está lejos y la naturaleza colabora en ese difícil, cuando no imposible, intento de retorno del mensú a su hogar. En ese marco, un análisis exhaustivo de *El río oscuro* es importante para mostrar dos aspectos. El primero refiere la posibilidad novelística en torno a la tensión existente entre la violencia moderna y la relación de las representaciones subalternas con la naturaleza. El segundo a la construcción de esta zona imaginaria donde conviven el río, la selva, el monte, la plantación cuya geografía se expande, durante la primera mitad del siglo XX, por Brasil, Argentina y Paraguay.

81

La trama se centra en la explotación de los mensú en uno de los grandes establecimientos misioneros y pone el foco tanto en la vida del mensú y su relación con el espacio, la selva misionera y el Alto Paraná como en los diversos acontecimientos que rodean a los dos protagonistas, los hermanos Moreyra, que se enfrentan a la violencia ejercida por patrones y “capangas”.

Como han observado Korn y Trímboli, tanto *El río oscuro* como *Los isleros* de Ernesto Castro, otra novela publicada el mismo año, “han cargado –desde entonces– con el sambenito de realismo social, peyorativamente la más de las veces” (2015, 62). En efecto, esa lectura de la novela de Varela se puede encontrar en un libro señero de la crítica argentina, *Realismo y realidad en la narrativa argentina* (1961) de Juan Carlos Portantiero:

Paralelamente, a través de una mezcla de elementos urbanos y rurales, tuvo auge la aprehensión testimonial de la dolorosa realidad argentina, plantada en el interior del país, a la que el narrador de Buenos Aires se acercaba como a un rescoldo en el que podía refugiar su necesidad premiosa por un entorno con perfiles definidos y contrastados. Con perfiles, en fin “americanos” que no veía en la ciudad. Este camino dio logros individuales muy felices como *El río oscuro* de Alfredo Varela, una de las mejores realizaciones de toda la literatura argentina, pero que, al cabo, tampoco iba a la esencia del

nuevo realismo cuyo interés no deriva en incorporar como crónica los elementos *fuertes* de nuestra realidad, sino de integrar lo humano-social por medio de peripecias individuales desarrolladas en cualquier escenario. Esas novelas eran como grandes frescos periodísticos, muy atados a los modelos latinoamericanos que durante la década del 30 marcaron el rumbo de la literatura social. (PORTANTIERO, 2011, p. 120)

En idéntico sentido, el crítico norteamericano Robert Avrett, en una reseña publicada apenas un año después que la novela decía que: “*El río oscuro* possess a vital sociological problem, but it offers no solution” (AVRETT, 1944, p.354). Estas lecturas apostaban a reconocer, entonces, la importancia de las representaciones sociales de la novela, y, a menudo, remarcaban su sentido denunciante, el de los horrores de la sobreexplotación en los yerbatales de Misiones y Paraguay.

82

Sin desestimar estas lecturas tempranas, proponemos en este trabajo una ubicación alternativa de la obra, ya no en relación con una lectura política o inserta una tradición literaria continental, sino dentro de una articulación más vasta: las literaturas del Sur que ponen el foco en la interrelación de las subalternidades, en este caso el mundo del Mensú, con las agencias naturales como resistencia al proyecto moderno. Como hemos adelantado en la introducción, nuestra propuesta de este trabajo se vale, entonces, de una operación crítica que Sylvia Molloy procuraba como un riesgo, “a lo que se sabe de antemano imposible: desleer para leer” (1987, p.746).

En otras palabras, salir de la lectura regionalista y denunciante para desarmar y actualizar aquellos elementos del paisaje misionero que transmite la novela de Varela: sujetos que se desmaterializan en el pasaje del bio al geo, las operaciones de despaisamiento (ANDERMANN, 2018a; 2018b) y el lugar central de la yerba mate que va desde el cultivo ancestral y materia prima para convertirse, finalmente, en una disputa material, económica y simbólica que distingue al mundo del mensú de otros mundos subalternos.

En tal sentido, donde el paisaje selvático y violento, que encarna el Alto Paraná, pareciera establecer una alianza con el capital extractivo, el propio destino necropolítico del mensú posibilita, sobre el final, la

organización política: la emergencia de los gremios zonales en Misiones. En efecto, en algunos pasajes de la novela se hacen patentes los elementos no-humanos en relación con el mundo subalterno que pueden ser iluminados, ahora, desde una perspectiva ecocrítica y material.

Algo de esto ya sospechaban Korn y Trímboli en el prólogo a *¡También en la Argentina hay esclavos blancos!* cuando se refieren a la recepción de la novela en el país, aunque sin quitar de la obra una lectura regionalista:

El río oscuro de inmediato conquistó lectores a los que suponemos ávidos de una escritura que intersecte no solo lo argentino, sino lo americano, con el drama de la lucha de clases. La exuberancia de la naturaleza por una vez ya no es lo contrario de la historia, una minusvalía, y de una historia que pone un pie en el vestíbulo de la revolución; aunque este sea largo y apenas empiece a divisar a lo lejos algo parecido a tal cosa. (2020, p. 39)

83

Como indican los autores, el drama de la lucha de clases no es el tópico más trabajado en la novela. Si uno analiza las proporciones temáticas presentes en *El río oscuro* encontrará que, efectivamente, la extensión de la narración pasa por la descripción de la vida dura del mensú en el contexto de yerbatal, las clases burguesas apenas son nombradas a partir de la existencia del espacio físico del “establecimiento”. En tal sentido, lo que los autores llaman “la exuberancia de la naturaleza” ocupa un lugar sumamente importante en relación con el mundo de los trabajadores de Alto Paraná, particularmente el río y la selva, como su contrapartida extractivista: la plantación.

3. El Alto Paraná, territorio de subyugación y sacrificio

La zona del litoral argentino que se nos presenta en la obra de Alfredo Varela se revela como una zona de exclusión y subyugación cuya normatividad corre, indudablemente, por cuenta del patrón, invisibilizado por la elipsis, a menudo sin voz o, en su defecto, con una voz mediada por subalternos colaboracionistas, los capataces.

Consecuentemente, la ausencia total del Estado-Nación soberano en el Alto Paraná es ante todo el ejercicio de una biopolítica negativa. El

mundo cruel y hostil del mensú pareciera que solo puede interpretarse en una clave colonial, aunque paradójicamente nos encontramos con una provincia argentina en el pasaje del estado liberal al primer peronismo.

Se nos presenta, por consiguiente, con un Estado paralelo, un Estado extractivista, donde gobiernan los patrones y capangas que regulan tanto la identidad de los mensúes como su economía. Pensar en el territorio que gobierna el capital extractivo referenciado en los establecimientos de la extracción de la yerba mate implica una mirada más expansiva que no solo incluye el Alto Paraná, sino también la pequeña urbe de Posadas que conjuga las pulperías como espacio de tránsito para el reclutamiento de los trabajadores precarios como también las habitaciones, espacios del anonimato centrado en los encuentros entre prostitutas y mensúes, donde prima el deseo salvaje. En ese sentido, estamos ante un sistema que, aunque de manera indirecta, tiene sus efectos en el cuerpo y el deseo del mensú. Un sistema que gobierna toda vida humana en el Alto Paraná.

Volviendo a esa lectura temprana de Portantiero cuando señala que la apuesta de la novela apunta a: “integrar lo humano-social por medio de peripecias individuales desarrolladas en cualquier escenario”. Ciertamente algunas de las obras emblemáticas de aquella época, revelan consecuentemente, el tópico del descenso infernal.

La novela de Varela no está exenta de esta recurrencia, solo que, en este caso, “el infierno verde” se evidencia como un pliegue más nítido de la violencia del mundo moderno tal como indica la ambigüedad en la advertencia del personaje de Sinécio cuando dice en la posada: “Todas son mentiras...Yo conozco bien aquello. ¡Es un infierno, y no vuelvo más! (1985, p. 27). El infierno verde que describe el personaje de Sinécio en el almacén es, indudablemente, una zona inestable que conjuga dos tipos de espacios: la selva y la plantación.

El avance de la deforestación como proceso extractivo, presenta el espacio de la plantación ahora como un borde móvil (ANDERMANN, 2018). Lo que hay es una lógica del avance, de la conquista del terreno sin precedente por parte del establecimiento del yerbatal. La novela muestra así un escenario poscolonial regido exclusivamente por la expansión del capital extractivo.

Por otro lado, también se evidencia y a partir de pasajes extensos una resistencia natural que no establece diferencias entre los mensú o los terratenientes ante la agresión extractivista. En ese marco, postular solo una lectura ecocrítica sería muy reduccionista puesto que también se puede evidenciar, lo que la novela desde sus primeras páginas imagina como lo común, aquello que pareciera ser una norma en el paisaje misionero: la violencia del Alto Paraná que es útil tanto al Patrón como al Río y la Selva.

En ese sentido, la zona encuentra una tensión entre dos pulsiones que pugnan por llevarse las vidas humanas: el capital extractivo y la naturaleza. Son las reglas de estos dos órdenes a las que debe someterse la figura del mensú que se sustrae de la novela. En efecto, como señalan Guillermo Korn y Eduardo Trímboli, pareciera no existir, en Posadas y menos aún en las profundidades de la selva, cualquier indicio de la presencia estatal como veníamos comentando:

Hablar de Misiones era aún referirse a un territorio nacional, es decir, a un espacio que no estaba incluido férreamente en la vida de una nación que gustaba imaginarse como una república. En el extremo nordeste del mapa, en su saliente, lo que ocurre en el Paraguay o en Brasil –sus lenguas por empezar–, perfora límites, se entremezcla y forja un mundo más desbarajustado que el que se supone homogéneo y moderno, argentino. (KORN; TRÍMBOLI, 2015, p. 12)

La región del Alto Paraná es una zona que, tanto en la imaginación de Alfredo Varela como Rafael Barret, excede lo nacional cuando notamos la presencia de trabajadores paraguayos, argentinos y brasileños cuya lengua de circulación es una hibridez entre el guaraní y la lengua colonial. La ausencia de la república en la región se traslada a la novela como una elipsis, una pregunta que solo el lector puede hacer posible: ¿Quién reina en el Alto Paraná?.

Si el mundo moderno está presente en la dimensión extractivista que opera sobre todo ser viviente, encuentra, consecuentemente, su contracara antimoderna en el paisaje selvático actancial que devora los cuerpos de los mensú y los devuelve inertes a la “civilización”. El ciclo de vida del mensú que escapa del yerbatal se encuentra regido por mecanismos reguladores

instituidos a partir de una alianza entre la brutal naturaleza del Alto Paraná y la violencia de los patrones y capangas de los establecimientos. Dicen Korn y Trímboli al respecto:

La ligazón Naturaleza-Hombre forma un todo que tensa la acción. //La metáfora cristiana entonces se disuelve y da paso a una religiosidad envolvente y menos opresiva. La madre naturaleza impone sus reglas, pero son los propietarios de los yerbatales -o sus capangas- los que regulan los sacrificios humanos. (2015, p. 73)

La idea de sacrificio podría ponerse en duda. ¿Se trata de un pacto entre la naturaleza y quienes gobiernan en el establecimiento? Dos hipótesis de lectura son posibles, la naturaleza con su carácter totémico recibe el sacrificio del mensú por el asedio constante de sus hachas allí arriba en el monte o, por otro lado, también como gesto de advertencia de los “capangas” para cohesionar y doblegar a los mensú. En todo caso, la idea de sacrificio presupone una afinidad a los dos órdenes manteniendo así el *statu quo* de la zona. Una estabilidad que, sin duda, abruma con su violencia.

86

Las agencias naturales recurrentes el escenario misionero y su carácter actancial son señalados a partir de su pasividad. En el comienzo de la segunda parte “En la trampa” la narración se refiere tanto a la selva como al Paraná:

Hasta Posadas solían bajar los cadáveres boyando. El Paraná traía en su amplio regazo que nunca se niega, la terrible carga. Al llegar a la vera de esa loma poblada por el rancharío, abandonaba los cuerpos, como desligándose de toda responsabilidad. Él no sabía nada o, como la selva, lo sabía todo, pero callaba. (VARELA, 1985, p. 21)

El río, en cuya descripción se asienta la metáfora de un caballo, traslada los cadáveres muertos entre la zona selvática y la plantación. La pregunta con respecto a una equivalencia con la selva es sugerente, el nivel de alianza con la violencia extractiva se vuelve, en efecto, una incógnita importante que se torna difícil de decodificar. En otro orden, la desposesión se presenta como el terreno que se disputan estos dos órdenes que desbordan la gran novela del litoral argentino.

Las prácticas de desposesión se pueden reflejar tanto en la brutalidad antropofágica de la selva misionera y el Paraná como en la violencia del

yerbatal atraviesan las tres partes que componen la novela. Se trata, por tanto, de una...

4. Desubjetivación del mensú. Sobrevida y muerte

El río oscuro, en tanto narración de las vidas de los mensú, pone el foco en los cuerpos subyugados enlazados con el mundo natural, una difuminación con las agencias no humanas. En efecto, los mensú se sitúan aquí en el umbral entre lo humano/no humano. Es patente el comienzo del primer capítulo de la novela, “Galope en el río”:

Sus rodillas son como dos clavos ardientes que lo unen a la tabla resbalosa. A veces los pies pierden el contacto; las manos, casi insensibles, aflojan el abrazo que separa al hombre de la muerte. Pero las rodillas permanecen firmemente en su lugar, adheridas como ventosas, a pesar de las llagas que se han formado donde antes hubiera piel resistente y dura.

La conciencia humana se ha ido alejando poco a poco del mensú, a medida que disminuyen sus probabilidades de salvarse en su lugar va surgiendo, más seguro, certero, realmente vital, el instinto. El instinto no sabe de los ridículos temores del hombre, no conoce la duda ni la ansiedad. Se halla perfectamente ensamblado en la naturaleza y en la vida. Sacude a las reservas, adivina y emplea todos los recursos que facilitarán la salvación. Por eso el mensú puede extraer nuevas e insospechadas fuerzas de ignorados depósitos, por eso los dedos se convierten en acerados garfios y los pies afirman con destreza en las cañas y las rodillas se niegan a desprenderse de ese único trozo sólido, lejano remedo de la tierra, en medio de las aguas barbotantes. A unos palmos de la locura, famélico y exhausto va regresando velozmente hacia la animalidad que puede salvarlo. Por eso ha recobrado la antigua posición de la especie, por eso se halla en cuatro patas, desechando la insegura verticalidad del hombre civilizado. (VARELA, 1985, p. 5)

87

¿Es la selva la responsable de ese cambio de estado del mensú? ¿Puede, en efecto, un camino fuera de la civilización salvarlo?. El primer pasaje de la novela no narra un espacio estático sino puramente actancial en tanto se confunde con parte del cuerpo del mensú. No hay, en efecto, una descripción topográfica, apriorística y objetiva como ocurre en gran parte de la literatura finisecular (ZUBIAURRE, 2000) sino más un espacio que se despliega en términos depredatorios.

Indudablemente, que el autor comience la novela con este pasaje es sintomático; pero que la termine con la posibilidad de la organización sindical de los trabajadores de los yerbatales lo es aún más. Porque lo que se indica allí es que hay una tensión existente entre dos formas de salvación ante la desposesión que lleva cabo el capital extractivo. La primera refiere a la política como posibilidad de rebelión en los trabajadores que se organizan en un sindicato, la lectura denunciante, pero también la utopía peronista. La segunda exhibe un proceso de desubjetivación que implica tanto un devenir animal como la posibilidad de simbiosis con otras agencias no-humanas, un camino por fuera del afán civilizatorio que, en todo caso, en la novela de Varela también lleva a esa primera posibilidad de organización colectiva.

Como sostiene Gabriel Giorgi, las figuraciones animales tienen una larga tradición en la cultura de América Latina de la primera mitad del siglo XX “donde lo animal nombraba un fondo amenazante de los cuerpos que las frágiles civilidades de la región apenas podían contener” (2014, p. 11). Esas escrituras latinoamericanas, cuya genealogía se rastreaba hasta el siglo XIX, imaginaban al animal como una potencia otra que marcaba un límite y que era comúnmente asociado a “una *falla* constitutiva (cultural, racial, histórica) que atravesaba las naciones poscoloniales y que demarcaba el perímetro de su pobre civilización” (p. 11).

La salida de ese límite de demarcación que hay entre el mensú subyugado y una otredad animal se da por un proceso de desubjetivación que surge cuando el mensú escapando de las garras de los sistemas de control de la plantación, del destino necropolítico (MBEMBE, 2011) ejecutado por en una primera instancia por el capataz-colaborador, se adentra en la selva. Parece que el cansancio, las heridas pueden terminar con su vida, pero el entorno termina absorbiéndolo. Se trata de pensar que allí está el comienzo de una transformación subjetiva del Mensú: un trayecto que vincula, necesariamente, precariedad y animalidad. El narrador rescata, en consecuencia, el instinto como la cualidad central del mensú a medida que va perdiendo la conciencia humana.

El instinto del mensú, gesto primario que configura este umbral entre la conciencia animal y la conciencia humana, se revela por partida doble: como mecanismo de supervivencia, pero también, y paradójicamente, como

distinción que inscribe la vida en el paisaje selvático. Configura el instinto una latencia, un eco de lo viviente en su mínima expresión. Hay, consecuentemente, un ensamblaje entre vida y naturaleza en el cuerpo del mensú que atraviesa dos estados.

Primero, una reconfiguración animal del mensú que solo puede ser legible desde un proceso de desobjetivación y desmaterialización. El cuerpo que se va transformando, las uñas que crecen, los pies que se afirman al entorno fluvial, la orilla, el agua sucia de la orilla. Pero también, la postura cuadrúpeda que permite los desplazamientos por las zonas hostiles que rodean el Alto Paraná. Postura que, como señala el narrador, permite establecer una diferencia sustancial entre la civilización y la barbarie. La barbarie, el afuera de la civilización y el mundo animal y material se anudan, por consiguiente, como estrategia de sobrevida en el mensú.

A medida que esa vida deja de latir se produce, como marca el narrador, un *ensamblaje* entre la vida del trabajador precario y la naturaleza hostil del Paraná. Las extremidades humanas son parte de una refuncionalización animal que presenta ahora una nueva subjetividad: el mensú de la sobrevida que, sin embargo, no está lejos de la muerte.

Se trata de considerar que los diferentes elementos que se anexan sobre el trayecto hacia la muerte del mensú mantienen, finalmente, su identidad: un resto viviente atado a la barbarie. Lo que queda del mensú que el río ahoga y devuelve sucesivas veces es, en efecto, una articulación de carácter heterogéneo que se construye como una anexión de diferentes elementos, sin jerarquías (“sin centro”), “materias vibrantes” de toda clase según la formulación material de Jane Bennet. Ningún elemento o materia de este ensamblaje viviente decide sobre la trayectoria del conjunto porque como la novela deja en claro la decisión final sigue siendo del río y la selva.

La idea de sobrevida también ha sido propuesta por Jens Andermann en un trabajo reciente, pero es bastante diferente a la que esbozamos en este trabajo puesto que tal como él la define en relación con la figura de Carapirú en el filme brasileño *Serras da desordem* de Andrea Tonacci es “una vida sobrante tras el fin del mundo”, “una vida inmunda que transcurre fuera del mundo” (ANDERMANN, 2018b). En el argumento de Andermann la idea

de sobrevida está pensada como articulación de lo común, de coexistencia en un contexto eminentemente cosmopolítico, el de los indios yanomami de Brasil. En nuestro análisis de la novela de Varela, por el contrario, la sobrevida del mensú anticipa la necropolítica y puede ser pensada como una apuesta ecopolítica diferente, la organización colectiva de los trabajadores del yerbatal.

En tal sentido, sobre una cierta fuerza vital se asienta la sobrevida del mensú, un estadio de semiconciencia humana-animal entre la vida y la muerte cuyo carácter es asubjetivo. Ese estadio de semiconciencia concluye dejando atrás los ensamblajes corporales entre naturaleza y mensú para dar lugar a otro estado cuya especificidad ahora es temporal y que se configura como una antesala de la muerte:

Finalmente, el mensú se abandona, se deja estar, pierde todo contacto con la enloquecedora realidad actual y se evade hacia las brumosas regiones del pasado, hacia lo que en un tiempo tuvo fuerza y pesó en su existencia que entonces no estaba librada al desenfrenado galopar de un río. A veces ocurren así las cosas. Cuando el hombre está por despedirse de la vida, solo se vuelve sensible para su experiencia anterior. El presente va achicándose, se esfuma, desaparece. En su lugar aparece un puente. El que une el pasado con el futuro. A lo mejor, con la muerte. (VARELA, 1985, p. 10)

El último gesto viviente del mensú es interno, se da en su conciencia y es un retorno al pasado. En la exterioridad solamente es un cuerpo cuyos restos materiales y acuosos comienzan a galopar sobre el río. Este proceso de desmaterialización, de transformación en restos humanos y no-humanos es narrado patentemente como lo que queda de un cadáver que flota: “Ahí en la playa, quedaban los cuerpos de los pobres mensú. A veces estaban desnudos. O si no les quedaban jirones de ropa y jirones de piel. O solo huesos machucados” (p. 20). Y más adelante, pero ya evidenciado toda pérdida de subjetividad e identidad:

Los muertos del Alto Paraná no tienen ni apellido ni familia. Y ni siquiera rostro, porque los peces hambrientos se los han picoteado durante el largo viaje, hasta dejar unas cuencas profundas, unos cartílagos temblorosos, un hueco inmenso donde antes hubo una boca que sabía decir palabras dulces o humildes o carajear borrascosamente. Los muertos del Alto Paraná no tienen historia. (p. 21)

La desmaterialización del cuerpo, de los rastros subjetivos, de la identidad del mensú es funcional al patrón que se cargó una deuda. La naturaleza acuática ha hecho posible tal desmaterialización por la distancia entre los yerbatales y Posadas. Hay, en efecto, un largo trecho que los cuerpos recorren y se da un proceso inverso: los mensú son trasladados en un barco arrendado por el establecimiento y vuelven, si es que vuelven, por el mismo río. Es un ciclo que solo es roto cuando el trabajador se transforma en un resto mínimo o se disuelve para siempre.

Lo que sigue es, consecuentemente, su inscripción en una necropolítica regulada por la ley del Alto Paraná. El destino necropolítico del mensú se presenta, por consiguiente, cuando la vida deja de latir y los cuerpos de los mensú son arrastrados por el río ante la indiferencia y el acostumbramiento de otras subalternidades, esto también lo marca la voz narrativa con la que comienza el film de Del Carril *Las aguas bajan turbias* (1952), víctimas también del sistema extractivo. Vidas humanas y precarias que dejaron de latir, sus únicos rastros vivientes son aquellos sedimentos de la selva y el río que se han adherido a su cuerpo sin nombre. La condición necropolítica del mensú siempre se verifica en términos de legibilidad. La del cuerpo producto de la extracción, pero también la del ambiente en la plantación y la huida en la selva.

Durante el trabajo en la plantación está sujeto a la violencia recurrente en el establecimiento del yerbatal. Sobre este aspecto dice Achille Mbembe:

El esclavo es, por tanto, mantenido con vida, pero mutilado en un mundo espectral de horror, crueldad y desacralización intensos. Es manifiesto el transcurso violento de la vida de un esclavo si consideramos la disposición del capataz a actuar de forma cruel e inmoderada o el espectáculo de sufrimientos infligidos al cuerpo del esclavo (2011, p. 26)

En el cuerpo del mensú se confunden las marcas del trabajo y de la crueldad de los capangas. Esas marcas permiten que el mensú decida si perece en el yerbatal o, por el contrario, se arriesga a escapar a la selva. En el capítulo XX, Ramón se encuentra con Alegre, un mensú que fue enviado monte adentro a trabajar en el obraje donde se trabaja sin horarios, de domingo a domingo y mientras haya luz: “Aquí no se sabe, ch’ amigo.

Mientras se está en salú, se trabaja nomás, todo seguido; mientras no está oscuro se trabaja nomás” (VARELA, 1985, p. 97) le dice Alegre, un mensú a Ramón.

Pareciera que la oscuridad absoluta salva al mensú, como si fuera una figura cuya sobrevivencia dependiera de que la luz desaparezca. La luminosidad se transforma, entonces, en una escala negativa porque indica el arco temporal en que ese cuerpo, se encuentra a disposición del régimen de extracción, de la violencia de los capangas. El pasaje entre la luz y la oscuridad evidencia, en efecto, el tiempo del proceso necropolítico, de apertura material en el contacto con la materia vegetal que operan sobre el cuerpo del trabajador jornalero. Aquí es donde se hace patente, en la paradoja lumínica, el comienzo de una precariedad ambiental que se extiende en torno a la extracción de la yerba mate.

Se trata de esbozar una lectura más allá de las formas de trabajo y precariedad, una lectura que en el caso de esta figura del litoral que encuentra su posible representatividad en las formas de trabajo y muerte. Que se rigen, en este caso, a partir de variables de luminosidad y temporalidad. La narración establece, entonces, una comparación, a partir de la voz Alegre, con otro establecimiento para evidenciar parámetros de violencia aún más violentos:

— Esto es esclavitud, propiamente. Pero si le contara...Yo estuve trabajando con Matiaúda, en el Puerto Paranambú. Queda allá, en la costa paraguaya. Ganábamos 25 pesos al mes. Después entraba el sol, teníamos que seguir trabajando mucho rato. Y si nos retobábamos, nos volvían locos a gritos. Cuando queríamos largar porque estaba oscuro gritaba: “Mientras que yasechá ñandepó ñamba’aapó vaera...”. (p. 97)

En ese sentido, la utilidad del mensú, en tanto recurso humano, se encuentra atada a este régimen de lo visible establecido por el patrón, pero que encuentra en la luz del sol la base de esta normatividad. La luz hace visible el cuerpo que puede trabajar y aquel que no puede trabajar. La luminosidad-oscuridad en el obraje es, de nuevo, una variable de la necropolítica imperante en los yerbatales que solo puede desactivarse a partir de la rebeldía que términos colectivos lleva a la organización sindical y términos individuales implica la fuga. Sobre esta última posibilidad Korn

y Trímboli argumentarán que: “Mucho más que una manifestación, la fuga-fuga de mensú-, individual o de pequeños grupos, bandas- es el fantasma que recorre *El río oscuro* hasta volverse realidad. Más que prerrevolucionario, hay un tono que podríamos llamar prepolítico dado por la búsqueda a tientas de las herramientas para alcanzar una vida más justa apenas entrevista” (2015, p.38).

La posibilidad de escapatoria definida como una instancia prepolítica se vuelve, en efecto, una utopía posible en tanto el mensú pueda superar al capataz o, por el contrario, sobrevivir a la violencia selvática. Pero en tanto esto no ocurra, indefectiblemente, el trabajador del yerbatal se acerca a un segundo momento que atañe al régimen de lo visible, una vez que su cuerpo es arrastrado por el río y llega a Posadas. Allí concluye, consecuentemente, el destino trágico del mensú, una vida pasada que se inscribe, como comentamos anteriormente, en una necropolítica a partir de la constatación de los posadeños que ven acercarse los cadáveres, los restos de lo viviente a la orilla: “Se acercaban al principio algunos curiosos, pero ya estaban cansados de asombrarse y pronto se iban. El espectáculo era demasiado conocido. Y demasiado difícil identificar al muerto” (VARELA, 1985, p. 21). Saben ellos, por supuesto, que tal horror solo es posible río arriba. En suma, el gesto de avizorar un cuerpo desubjetivado y naturalizar su circulación es parte del ciclo necropolítico al que se inscribe el mensú que comienza cuando acepta endeudarse para “conchabarse”.

El preludio de *El río oscuro* es, entonces, el acceso al Mundo del Mensú. Un mundo que la novela irá desgranando, primero, a partir de los diferentes acontecimientos narrativos en torno a los hermanos Moreyra y segundo a través del relato ¿estático? de la selva y finalmente, la síntesis entre el conflicto entre los humanos y su entorno.

Pareciera, entonces, que el mundo del Mensú en relación con la fuga a la selva solo pudiera ser leído desde la necropolítica, entendida por Mbembe (2011) como una extensión de la soberanía que establece el biopoder en términos de vida o muerte.

5. Conclusión

¿Quién vive y quién muere en el establecimiento yerbatero? ¿Quién vive y quien muere en la selva? ¿Quién vive y quién muere en el Alto Paraná? Una serie retórica de preguntas cuyas respuestas ya se intuyen desde las primeras páginas de *El río oscuro*, pero que permiten llegar, a medida que las páginas avanzan, a una conclusión que inquieta: el régimen necropolítico en donde se inserta la vida mensú se excede y pierde el control. En definitiva, un régimen que no depende exclusivamente del humano puesto que allí lo no-humano reacciona con una violencia que desmaterializa cuerpos, una verdadera resistencia al orden plantacionocénico que, curiosamente, se replica en el mundo del patrón, esto es, extracción, violencia y acumulación.

94

En ese sentido, la novela muestra, indudablemente, un régimen de excepción donde no solo el capanga, capataz u otras figuras de control deciden sobre la vida cuasiesclavista del trabajador sino también la selva, la plantación que en este caso es el “obraje”. En efecto, no es solamente el capataz o el administrador del establecimiento aquellos que deciden sobre las vidas de los mensú es también el tiempo de subyugación y la violencia del Alto Paraná. Lo que se percibe es, consecuentemente, que estamos ante una necropolítica que excede la decisión del biopoder, el ejercicio sobre los cuerpos es una necropolítica fuera de control. Nace, por tanto, desde el poder inmanente en el capitalismo extractivo, aquel que decide no solo quien vive, sino también que vive.

El recorrido que hemos propuesto busca desplazar el análisis tradicional de la novela de Varela como parte de una serie denunciante de la literatura social y regionalista de las primeras décadas del siglo XX para estudiar en cambio sus apuestas materiales y las representaciones de la naturaleza. De ese modo, la lectura sociológica de la novela, aquella que abreva en la emergencia sindical a partir de la organización de los mensúes, supone un futuro incierto en donde, difícilmente, concluya ese tiempo en donde la extracción y la agencia no-humana se disputan el cuerpo del trabajador del yerbatal.

Como hemos explicado hasta aquí, la forma actancial de la selva como espacio que linda con la plantación de yerba mate se define como una

agencia que no posee conciencia ni autonomía, pero que parece establecer una forma de resistencia, una alianza radical con la extracción en el proceso de desubjetivación sobre el mensú.

Por último, queda pendiente una exploración sobre la textualidad guaraní en la novela de Varela que vuelve sobre la narración del mensú de manera fragmentaria. La conexión lingüística es, como es notorio, un vínculo entre dos mundos subalternos. Asimismo, el análisis de esa historia de la preconquista exhibe una posibilidad alternativa de relación ambiental distinta desde una perspectiva planetaria contemporánea (PRATT, 2022) y permite imaginar nuevos imaginarios que desplacen, nuevamente, las lecturas regionalistas y costumbristas de un clásico argentino para imaginarlo en relación con otros textos del Sur del siglo XX.

Referencias

ADORNO, Theodor. *Notas sobre Literatura*. Madrid: Akal, 2003.

ANDERMANN Jens. *Nuevo cine argentino*. Buenos Aires: Paidós, 2015.

95

_____. *Tierras en trance*. Santiago de Chile: Metales Pesados, 2018a.

_____. «Despaisamiento, inmundo, comunidades emergentes», *Corpus [En línea]*, Vol. 8, No 2 | 2018b.

ATHANASIOU, Athena; BUTLER, Judith. *Desposesión: Lo performativo en lo político*. Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2017.

AVRETT, Robert. "Review of El río oscuro", *Books Abroad*, Vol. 18, No. 4 (Autumn), 355, 1944.

BARRETT, Rafael. *El dolor paraguayo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978.

BENNET Jane *Materia Vibrante*. Buenos Aires: Caja Negra Editora, 2022.

DE MAURO RUCOVSKY, Martín. "Precariedad". In: _____. *Arte-Factos para los estudios literarios*. Ciudad de México: 2024, p. 479-506.

ESPAÑA, Claudio. *Cine argentino, industria y clasicismo (1933/1950)*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, 2000.

GIORGI, Gabriel. *Formas comunes: Animalidad, cultura y biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2014.

HOYOS, Héctor. *Things with a history: Transcultural Materialism and the Literatures of Extraction in Contemporary Latin American*. New York: Columbia University Press, 2019.

KORN, Guillermo; TRÍMBOLI, Javier. *Los ríos profundos*, Buenos Aires: Eudeba, 2015.

KRIGER, Clara. *Cine y peronismo: el estado en escena*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2009.

LATOUR, Bruno. *Cara a cara con el planeta*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2017.

LOREY, Isabell. *Estado de inseguridad: gobernar la precariedad*. Madrid: Traficantes de sueños, 2016.

MATEU, Cristina “Encuentros y desencuentros entre dos grandes obras: *El río Oscuro* y *Las aguas bajan turbias* (Argentina, 1943/1952)”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos [En ligne]*, Images, mémoires et sons, 2012.

MBEMBE, Achille.. *Necropolítica*. Barcelona: Melusina, 2011.

PORTANTIERO, Juan Carlos *Realismo y realidad en la narrativa argentina*. Buenos Aires: Eudeba, 2011.

POVINELLI, Elizabeth. *Geontologies: A requiem to late liberalism*. Durham: Duke University Press, 2016.

_____. *Between Gaia and Ground: Four Axioms of Existence and the Ancestral Catastrophe of Late Liberalism*. Durham: Duke University Press, 2021.

PRATT, Mary Louise. *Planetary Longings*. Durham: Duke University Press, 2022.

SPIVAK Gayatri; BUTLER, Judith. *¿Quién le canta al estado-nación?: Lenguaje, política y pertenencia*. Buenos Aires: Paidós, 2009.

VARELA, Alfredo. *El río oscuro*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1985.

_____. *¡También en la Argentina hay esclavos blancos!* Buenos Aires: Omnívora Editora, 2020.

WYLIE, Leslye. *The Poetics of Plants in Spanish American Literature*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2020.

ZUBIAURRE, María Teresa. *El espacio en la novela realista: paisajes, miniaturas, perspectivas*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.

Resumen: El trabajo propone una relectura de la novela *El río oscuro* de Alfredo Varela a partir de un materialismo que supone una perspectiva ambiental y crítica para examinar el mundo del mensú y el Alto Paraná. En particular, analiza tanto la selva como la plantación como espacios que desactivan la subjetividad del mensú para proponer un ensamblaje material, una agencia del orden de la alteridad. Se tratan de formas reconocibles en el texto que son examinadas como parte de un régimen de la precariedad que constituyen también una necropolítica ostensible en la narrativa latinoamericana de la primera mitad del siglo XX.

Palabras claves: Materialismo; Precariedad; Necropolítica; Mensú; *El río oscuro*

Abstract: The essay proposes a rereading of the novel *El río oscuro* (1943) by Alfredo Varela based on a materialism that supposes an alternative perspective to examine the extractive regime of yerba mate. In particular, it analyzes both the jungle and the plantation as spaces that deactivate the subjectivity of the *mensú* to propose a material assembly, an agency of the order of otherness. These are forms recognizable in the text that are examined as part of a regime of precariousness (Butler, Lorey) that also constitute an ostensible necropolitics in the Latin American narrative of the first half of the 20th century.

Keywords: Materialism; Precariousness; Necropolitics; Mensú; *El río oscuro*

Recebimento: 12/07/2024

Aceite: 30/03/2025